

## ALLENDE, MURIO COMO VIVIO

*Cuauhtémoc Cárdenas. Ingeniero. Ex-Gobernador del Estado de Michoacán y candidato a la Presidencia de la República por el Frente Democrático Nacional.*



Se cumplen hoy 70 años del nacimiento de Salvador Allende, militante por excelencia de las causas populares de Chile y de la humanidad.

Sus innumerables enseñanzas, las lecciones que nos da su vida, hoy nos sirven como ejemplo y guía para continuar la tarea emancipadora en estas tierras latinoamericanas.

Con pasión y entrega plena se lanzó, desde muy joven a luchar por la liberación de su pueblo y de su patria, con clara comprensión de que al luchar por Chile lo hacía no sólo por su gente y por su tierra, sino por todos los pueblos y las naciones oprimidas y explotadas; con la clara comprensión de que luchaba por edificar una sociedad justa, libre y solidaria, contribuyendo así a conformar un mundo integralmente mejor. Sintió como propias las injusticias sufridas por los demás: por los chilenos y por otros países, y sólo así se explica la entrega que hace de su persona a las causas en las que creía, las que defendió y por las cuales luchó, y su capacidad y sensibilidad para interpretar y abanderar el sentir y los ideales de su pueblo.

Discurso en homenaje a Salvador Allende. 26-VI-1978. Auditorio Jaime Torres Bodet. México, DF.

Inicia sus actividades políticas como estudiante. Consolida su formación oponiéndose y combatiendo la dictadura de Ibáñez y participa con decisión en las ilusiones, en el profundo humanismo, en la entrega generosa de aquel intento por hacer surgir en nuestro continente una República Socialista, que se mantuvo durante doce días en junio de 1932, movimiento político que planteó las grandes reivindicaciones del pueblo Chileno: reforma agraria, nacionalización de las explotaciones de salitre, pleno empleo, control del comercio...

Esa República fue vencida como régimen de gobierno, pero ella constituye la semilla que fructificó en las organizaciones populares y en la ideología reivindicadora, democrática y universalista del Chile combativo de hoy.

Allende se incorpora desde un principio al Partido Socialista y como miembro del mismo, apoyado por el partido o por coaliciones en las que participa, es electo, a lo largo de tres décadas, diputado y senador en repetidas ocasiones. Llega a representar así, prácticamente, a todo Chile. En 1939 forma parte, como Ministro de Salud, del Gobierno del Frente Popular que encabezara Pedro Aguirre Cerda. En cuatro elecciones se presenta como candidato a

la Presidencia: 1952, 1958, 1964 y 1970, y el 4 de septiembre de ese año, su pueblo lo elige Presidente de Chile, al respaldar con el voto el programa de la Unidad Popular.

Empieza ese día una de las más fructíferas experiencias para los pueblos del mundo, una etapa de reivindicaciones nacionales y populares para Chile, en la que se hacen realidad viejas aspiraciones y se ven surgir formas nuevas de vida, de organización, de participación en el modelado de una democracia, de una sociedad y una nación libres y soberanas.

Al tomar posesión de la Presidencia el 5 de noviembre de 1970, expresaba:

...Chile acaba de dar una prueba extraordinaria de desarrollo político, haciendo posible que un movimiento anticapitalista asuma el poder por el libre ejercicio de los derechos ciudadanos.

Lo asume para orientar el país hacia una nueva sociedad, más humana, en que las metas últimas son la racionalización de la actividad económica, la progresiva socialización de los medios productivos y la superación de la división de clases...

Hacia la consecución de estos objetivos se orientan la acción de la Unidad Popular, del Gobierno y del Presidente de Chile.

Desde que apuntó la posibilidad de que Salvador Allende llegara a la Presidencia de la República (en 1964 y con mucha mayor intensidad a partir de septiembre de 1970), comenzaron las maniobras del imperialismo, alentadas y secundadas por la reacción local, primero, para impedir que el movimiento popular triunfara en las elecciones, después para que el Presidente Electo no asumiera el cargo, más tarde, para buscar por todos los medios obstaculizar al gobierno y llegar a su derrocamiento.

Latinoamérica, en su vida independiente, ha sufrido numerosas intervenciones y agresiones de los poderes coloniales e imperialistas. Ha habido intervenciones abiertas y solapadas; ocupaciones militares e imposición de gobiernos entreguistas y dependientes; han intervenido gobiernos y consorcios económicos extranjeros en la vida política de nuestros pueblos.

Por otra parte, la historia del continente muestra también los casos de partidos y grupos de nuestros países que llamaron y se entregaron al extranjero para mantener privilegios, oprimir y explotar, sirviendo así y proporcionando beneficios mayores a la metrópoli colonial o al imperialismo, y recibiendo lo que estos quisieron dejarles como pago a los crímenes de lesa patria.

Todas las formas de intervención, de incumplimiento de las normas del derecho internacional, de violación a los principios de la constitución y las leyes de Chile, de cesión de soberanía, de deslealtad y traición, de falta a la palabra empeñada, hacen presencia para derrocar al Gobierno, de la Unidad Popular y la reacción alcanza el éxito el 11 de septiembre de 1973.

Los militares golpistas, la reacción extrema y el imperialismo norteamericano bañan con la sangre de los patriotas las ciudades y los campos de Chile. El régimen militar instaura la guerra contra el pueblo; paga y premia al imperialismo y a la reacción acordándoles nuevos y mayores beneficios, producto de la opresión y la expoliación; restaura los privilegios de minorías; anula el progreso y el desenvolvimiento de la cultura.

Ese 11 de septiembre muere heroicamente Salvador Allende; muere tal como vivió: consecuente consigo mismo; haciendo congruentes las ideas con las acciones.

Ese día, empieza, inducida sin duda también por los intereses imperialistas, una discusión: si había contradicciones en el seno de la Unidad Popular y si fueron éstas las que condujeron a la caída del régimen, si los cambios se hicieron demasiado pronto o a un ritmo muy rápido, que por qué no se armó al pueblo, que si ante el supuesto desorden era indispensable la toma del poder por los jefes de las fuerzas armadas...

A veces se olvida o quiere olvidarse que junto a todo esto que quiere discutirse, había una intensa y activa oposición del imperialismo y la reacción, una acción muy consecuente con su finalidad de impedir todo avance democrático y popular a cualquier costo; una oposición contradictoria y confusa en los principios sostenidos, cambiantes de un día a otro de un instante al siguiente, justificados únicamente por el utilitario fin perseguido; acciones ajenas a todo derecho, extrañas a todo sentimiento humano y carentes de toda moral. Quiere olvidarse que había intereses ilegítimos, que si algo no resistían era el avance y la imposición de la legalidad.

Salvador Allende tuvo siempre una clara comprensión del contexto político en el que actuaba, de los intereses en juego, de la importancia relativa de las fuerzas de apoyo y de la oposición, y de las posibilidades de acción.

Sus armas fueron la ley, el respeto al compromiso contraído con el pueblo Chileno, su valor personal y sus profundas convicciones democráticas. Sabía que de transgredir él la ley, se rompería desfavorablemente el equilibrio de fuerzas que había logrado establecerse. Sabía también que un ejército que no había surgido de una revolución o de un movimiento popular, sino que se había preparado para sostener regímenes antidemocráticos y entrenado en la represión del pueblo, difícilmente, en el corto plazo, podría cambiar sus convicciones y su postura política; que si tradicionalmente sólo los jefes participaban en la vida política, aunque pudieran mantenerse ajenos a los procesos electorales, difícilmente permitirían que la tropa, el soldado que puede ser pueblo, recuperara derechos políticos y participara, fuera de su compromiso de obediencia al superior jerárquico, en el sitio al que lo llevaran sus convicciones e ideología.

La reacción llamó desesperada y se entregó aún más al imperialismo, cuando confirmó que por primera vez en Chile, el Gobierno cumplía con el compromiso contraído con el pueblo, cuando las estructuras del sistema político y económico empezaron a transformarse y los privilegios comenzaron a desaparecer.

La experiencia de la Unidad Popular, experiencia de un cambio radical que se originó en un proceso electoral, democrático y constitucional, fue posible gracias a la decisión, a las capacidades, habilidad y la fuerza moral de Salvador Allende.

Es el ensayo de un pueblo políticamente avanzado, que tiene un logro y una enseñanza fundamentales: que el pueblo de Chile conoció y conoce ya lo que es vivir con libertad y practicar la democracia; sabe lo que puede lograr la unidad y el esfuerzo conjunto; como nación ejerció su soberanía. Ese aprendizaje está en las conciencias y en las voluntades de la gente, que sabe que puede y tiene que hacerse de nuevo dueña de sus destinos, que debe recuperar su patria. Ahí está la fuerza mayor y la mejor garantía de que en Chile se restaurarán las libertades y la democracia.

A lo largo del Gobierno de la Unidad Popular y en los prolegómenos y con el golpe militar mismo, el mundo com-

probó una vez más, de lo que es capaz un pueblo decidido a triunfar y también confirmó su conocimiento de los extremos y excesos a los que pueden llegar las fuerzas de la reacción y los intereses de la explotación para no ver disminuidas sus situaciones de lucro y de privilegio.

Por eso es que tienen vigencia —expresó el Presidente Allende en México—, sabiendo quienes son nuestros enemigos y nuestros amigos, las palabras que anticipó Juárez: el triunfo de la reacción es moralmente imposible.

Salvador Allende se cuenta entre los grandes latinoamericanos y entre los grandes de la humanidad.

Recordarlo aquí no sería válido, si ese recuerdo no va acompañado de una militancia efectiva en favor de las causas que él defendió y por las cuales luchó.

Las causas de los pueblos necesariamente triunfan y la humanidad progresa, así sea a costa de dolorosos sacrificios y de superar dificultades enormes. Allende, siempre, invariablemente, tuvo confianza en su causa y en su gente.

El 11 de septiembre trágico, al defender la razón con las armas en la mano, desde La Moneda expresó esas palabras que todos nosotros llevamos bien grabadas en mente y corazón:

Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor  
¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

